

Arquitrave



Eduardo Escobar • Titos Patrikios • Alberto Arvelo Ramos
Alfredo Pérez Alencart • Gabriel Jiménez Emán • Eduardo García Aguilar
Lois Pereiro • Andrés Morales • Boris Rozas • Silvio Bolaño Robledo

Conversando con Eduardo Escobar

Harold Alvarado Tenorio



Eduardo León Escobar (Envigado, 1943), constituyó en un café de Medellín, en 1957, en plena dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, junto a Gonzalo Arango y Amílkar Osorio un espectáculo, mas social que literario conocido como Nadaísmo, que ha sobrevivido merced al incesante recuento de sus aventuras, machacadas en diarios y emisoras por sus sobrevivientes.

Notable cronista, antólogo y excelso poeta, recibió las iluminaciones de la lírica en el Seminario de Misiones, luego de haber orado con escolapios y maristas y al abandonar los hábitos, en

Yarumal a los catorce años, atravesó el desierto de la existencia realizando inocuos oficios de contabilista, patinador de banco, mensajero de a pie, joyero, tendero, perito, minorista de revistas y periódicos, artífice del cobre, pinche de cocina, avicultor, gorrón, camarero, reportero de revistas porno, crítico a sueldo de arte, etc., mientras declamaba sus versos en numerosos pueblos y recibía en sus necesitadas y blancas caritas los soles de Mitú, Puerto Escondido o Taganga o aspiraba el humo de la maracachafa de oro de Barranquilla, Mocoa, Valledupar, Manizales o Buenaventura. Un país violentado pero inocente que perturbaron chillando blasfemias y batiendo sus largas cabelleras, auspiciados, precisamente, por los diarios más reaccionarios de entonces.

Hoy vive en un pueblito cundinamarqués en compañía de cuatro canes, asaltados por una milicia de ácaros que amenazan con desplazarle de un predio que espera convertir en un chalé para viajeros del inalcanzable por venir.

Sibarita y asceta, Eduardo Escobar Puerta, hijo Germán y Elisa, ha concedido esta interviú mientras, “las cucarachas, como profetizó X-504, le declaran la guerra a la humanidad y con su feliz victoria volverá por fin la paz al mundo.”

Algunas de sus obras son “Segunda persona” (1969), “Buenos días noche” (1973), “Cantar sin motivo” (1976), “Las rosas de Damasco” (2001), “Prosa incompleta” (2003) y “Poemas ilustrados” (2007).

¿Quién fue Eduardo León Escobar?

Un poeta de clase media, ángel y demonio, franco y pérfido, excelente padre y pésimo hijo, apasionado, celoso y confiado. Un hombre del siglo XX que tomaba cerveza mientras otros amasaron su dinero, su infelicidad y su ruina.

Nacido en Envigado...

Cuando fui niño era un pueblo de santas, mulas y patriarcas, antes de la podredumbre industrial y la miserable riqueza que hoy la agobia, los valores del espíritu no habían sido envilecidos. Esos son los recuerdos más hermosos de mi vida. Las ventanas estaban llenas de flores, de muchachas. Y hasta los viejos eran hermosos. Ellos, descalzos, de espléndidos bigotes blancos, sudorosos de aguardiente. Y ellas muy rezanderas y esperanzadas en que se podía conquistar el cielo a punta de trisagios. Era la hidalguía de la vieja Colombia.

No recuerdo las barriadas de Envigado porque crecí más bien encerrado en diversas casas donde nos mudamos en aquellos años, mi familia era andariega como todas las familias ambiciosas, emprendedoras y pobres. De Envigado a Medellín, de Medellín a Armenia y de vuelta a Medellín, y enseguida a Bogotá. Estuve en Armenia cuando el 9 de abril. Que me pareció lo más de divertido a mis cinco años, el alboroto, las bocinas de los automóviles embanderados de rojo. Viví interno en Yarumal y en el reformatorio Fontidueño, en Bello.

Hijo de antioqueños fututos....

Tendría que decir que si, mi abuelo paterno fue un escribano pelirrojo, le faltaban dos dedos de una mano y una noche buscó a punta del albor de las cerillas a un individuo que se había caído en el piso. Mi abuela Tulia Ochoa, doblada y rezandera era afecta al juego de cartas. Y otra abuela, la materna, María, murió de tisis y su marido Enrique de ulcera, era tan cumplido que le prometió morirle 45 días después de ella y lo cumplió, dejando huérfanos a diecinueve muchachos, uno de ellos, mi madre, Elisa. Mi madre se enamoró de Germán, mi papá, que



trabajaba en Coltejer, cuando iba a cumplir treinta años. La pobre parió dieciséis criaturas de las cuales sobrevivieron diez. Mi papá fue luego empleado de un banco y terminó de anticuario.

Mi padre pensaba que mi gusto por los libros me llevaba a la perdición. Porque amenazaba en mí la fe del carbonero que me había inculcado. Y porque me alejaba, decía, de los contactos sociales, de la vida propia de los muchachos a mi edad. Pero yo estaba dispuesto a perderme. Y aprendí temprano las artes de la soledad. Y sólo quería escapar de las jaulas de las razones de mis padres, de su culto del sufrimiento y la resignación. Entendí temprano en mi padre un cordero del orden establecido. Y asistí a través de su vida la fatiga de Dios. A medida que se le enredaba la vida, perdía el interés por las iglesias y ocultaba mal la decepción de Dios. Mi padre fue un animal triste. Y a mí me gustaba llevarle la contraria, quizás con la ilusión de que cambiara la tristeza por la cólera, aunque más no fuera. Y él también disfrutaba contradiciéndome.

Algunas personas dicen que soy su vivo retrato. Y el espejo de mi baño es de esa opinión. Allí, a veces lo veo volver a mí, y me sorprende que haya regresado, y él se sorprende más que yo, y nos saludamos como dos artistas de escuelas divergentes. Mi padre fue un esteta perdido en un ambiente miserable. Tenía una letra suelta, hermosa y clara. Dibujaba bien. Y oía en un tocadiscos de parlantes aparatosos las arias de las grandes óperas italianas y zarzuelas y a Manuel de Falla.

Las relaciones con mamá no fueron mucho mejores. Era tan mansa y comprensiva que irritaba. Debía tener algo de judía marrana. Nacida en Salgar, y criada en Jericó, se llamaba Elisa y tenía una hermana que se llamaba Raquel. Además, había algo en la manera que tenía de matar los pollos y desangrarlos y en las cosas envueltas en hojas que preparaba en la

cocina, que la revelaban. Era religiosa y hasta rezandera pero no le gustaban los curas. Aunque se enorgullecía de sus cinco o seis hermanas monjas, que de cuando en cuando venían a visitarla, hacían una fiesta blanca con las cornetas de sus cofias aleteando por todas partes en el aire almidonado. Mamá era una Biblia en historias de aparecidos y demonios. Una hermana suya fue novia del mismo diablo. Otra había caído en la juventud en el furor iconoclasta y hubo que encerrarla en un manicomio. Mamá sabía muchos cuentos de duendes tirapiédras, de perros que arrastraban cadenas por las fincas cafeteras de su padre. Y le gustaba lidiar enfermos y enterrar muertos. Y después nos contaba sus sufrimientos con cada detalle, los vómitos, los huesos sueltos de los ligamentos podridos que había que echar en la basura para los perros y las últimas visiones de la agonía. Debía alegrarse cuando alguien en la familia caía enfermo. Porque podía mostrar su abnegación. Mamá era insoportable, tan llena de virtudes. Contra mi padre uno podía sublevarse. Contra mamá no. Mamá vencía siempre. Y sabía cómo llevar a su marido y a sus hijos a donde ella quería sin levantar la voz y a veces poniendo la cara de los mártires.

¿Cómo fuiste tan niño a parar a un seminario?

Porque quería ser santo. Y mi padre estuvo orgulloso de mi osadía. Pero ahora que lo pienso mejor, me pregunto si fui algo más que un pequeño hipócrita y si mi santidad era mera apariencia. Y si fui sacrificado al altar, no porque mis padres pusieran muchas esperanzas en mi pureza, eran dados a espiar, sino para disminuir en una boca la carga de la mesa familia. Ahora no me explico cómo concilié mis pretensiones de santidad con mis ensueños secretos de onanista precoz, disciplinado y silencioso. Mi propensión al voyerismo. El gusto secreto de

destruir y atormentar. Me gustaba estrellar algún plato de vez en cuando y disfrutaba de la alarma que levantaba en la casa. Y torturar el gato de la bisabuela, a ver si lo sacaba de la indolencia.

Fui un estudiante aceptable. Sin llegar a brillante. Entre paja y paja leía vidas y vidas de santos. Y soñaba que yo también merecería el martirio un día y estaba feliz por eso. El seminario me gustó al principio. El canto gregoriano, el oficio de tinieblas, la liturgia y las declinaciones latinas. Los primeros pinitos como traductor a partir de frases sencillas, máximas de los estoicos, refranes, me llenaron de orgullo. Fue cuando aparecieron los verbos y llegó la hora de conjugarlos, que me ganó el desánimo. Y todo comenzó a parecerme triste en esas breñas heladas de Yarumal bajo el cielo color de burro. Y después de una larga, amarga lucha conmigo mismo, decidí colgar los hábitos. Y me di de manos a boca con los nadaístas. Entonces mis pobres padres tuvieron que cambiar la buena opinión que quizás se hacían de mí, y pasaron del pensamiento de que era la versión mejorada de San Luís Gonzaga a la sospecha de que estaba poseído por el diablo. Muchas veces al llegar a la casa tarde en la noche de mis borracheras de niño encontraba a mi madre rociando mis cosas con agua de San Ignacio, reforzando los bolsillos de mis chaquetas con esos diminutos relicarios de seda blanca con palomas bordadas, que llamamos *Agnus Dei*, cosidos en las entretelas con unos diminutos ganchos de cobre de los llamados de nodriza que ya solo se ven en las atenciones de los hoteles y que yo descubría cuando me pinchaban casualmente.

Ahora me da mucha lástima por mis padres. Ahora que tengo hijos sé lo que ellos debían sentir viendo al primogénito que los había llenado de promesas convertido en la peor clase de oveja negra, en un trotamundos que fumaba marihuana y

andaba por las cantinas con negros, pederastas y comunistas. Que había cambiado los libros piadosos por los de Zolá y Voltaire y Bertrand Russell.

En el seminario aprendí el gusto por la música religiosa, primero que todo... y a tomar la vida en serio. Creo cada liberación conduce a una nueva jaula. La jaula de la religión es inevitable. La inclinación a simbolizar el mundo. Los nadaístas, Amílkar Osorio y Gonzalo Arango y yo, fuimos dados a escribir oraciones. Y en el nadaísmo hubo siempre un sabor recóndito de cisma. Gonzalo le contó en una carta a su madre, poco antes de fundar el nadaísmo, que quería promover un cisma. Hace tiempos estoy escribiendo un libro donde quizás consiga probarme a mi mismo, que incluso cuando caímos en las veleidades del marxismo y los embelecos de los movimientos políticos liberadores inspirados en el marxismo, no hicimos otra cosa que calcar las teologías de la infancia, en un nuevo panteón de mártires. O por qué el Che Guevara, a quien escribí un poema atroz en mi juventud aguerrida, acabó transfigurado en un nuevo Cristo, desnudo en un lavadero o en la foto famosa de Alberto Korda. Y por qué Lenin y Mao y Ho Chi Min acabaron momificados como san Pedro Claver.

De cualquier modo, me enorgullezco de haber sido merecedor de la amistad y el cariño de Fernando González, Gonzalo Arango, y el pintor Norman Mejía. Que tenían además mucho de santos, por su visión luminosa del mundo como promesa de conocimiento, por su capacidad para rumiar arrepentimientos y perplejidades. Lo demás, es literatura, nos gustaba decir a los nadaístas.

¿Cuándo conociste a Gonzalo Arango?

Lo conocí cuando yo tenía unos quince años en una calle de

Medellín, estaba sentado frente a la librería Horizonte junto a Amílkar Osorio, con una cara de profeta y de mártir inolvidables, nos hicimos amigos de inmediato, aun cuando le daba miedo andar conmigo no fuera que lo acusaran de corruptor de menores, cuando el que lo corrompió de verdad fui yo que le enseñé a fumar marihuana...

Yo acababa de salir del seminario y un día oí por la radio que habían aparecido unos tipos que eran nadaístas y entonces di con Gonzalo, casi en los mismos días en que me enamoré de Socorro Sanín...

Gonzalo tenía unos veintiséis años y me entregó a Amílkar para que me llevara por los caminos del bien, recuerdo que me preguntó qué cosas escribía y como le recité un poema que comenzaba *"Las campanas del olvido para todo el mundo suenan, para mí no sonarán"*, me dijo que eso era muy malo que mejor cambiara eso por *"Las horas en el reloj son verdes"*. Entonces me fui convirtiendo en la vergüenza de mi casa y me metieron a un sitio controlado por unos capuchinos. Lo cierto es que me convertí en un fetiche de los nadaístas, entonces mi papá me llevó a trabajar con él al banco, me pagaban unos siete pesos y con esos pesos me compraba unos libros que sugería Amílkar.

A estas alturas de tu vida, ¿qué pudo ser el Nadaísmo?

La expresión de un malestar. En un mundo de familias católicas, adoradoras de la compañía que fabricaba el Pielroja y el Banco Comercial Antioqueño, donde a todo niño le esperaba un empleo de mensajero que le llevara a gerente de algo, lo que sentíamos era un enorme malestar. Recuerdo como mi madre me contaba que uno de mis tíos había comenzado ahorrando en una hucha de la Caja de Ahorros y había terminado siendo un amo en Armenia. Los nadaístas sentíamos repulsión por

todo eso. Un fastidio, una jartera por ese tipo de ideales. Que repudiábamos de muchas maneras, nadando contra la corriente, cuestionando una civilización de la muerte, poniendo en entredicho todo lo que habían dicho ayos y tutores, curas y padres, maestros y gentes de bien. En suma, mancillar las aguas enmohecidas de un país que se hundía en la más atroz violencia del siglo pasado. Porque sus líderes eran unos patronos que cargaban el Santo Sepulcro en Semana Santa mientras el resto del año habían desahuciado viudas y martirizaban al pueblo con intereses muy altos y el robo de tierras... una lucha contra esos hipócritas que siempre humillan a los candorosos, a los mansos, a lo que no tienen como defenderse de los poderosos...

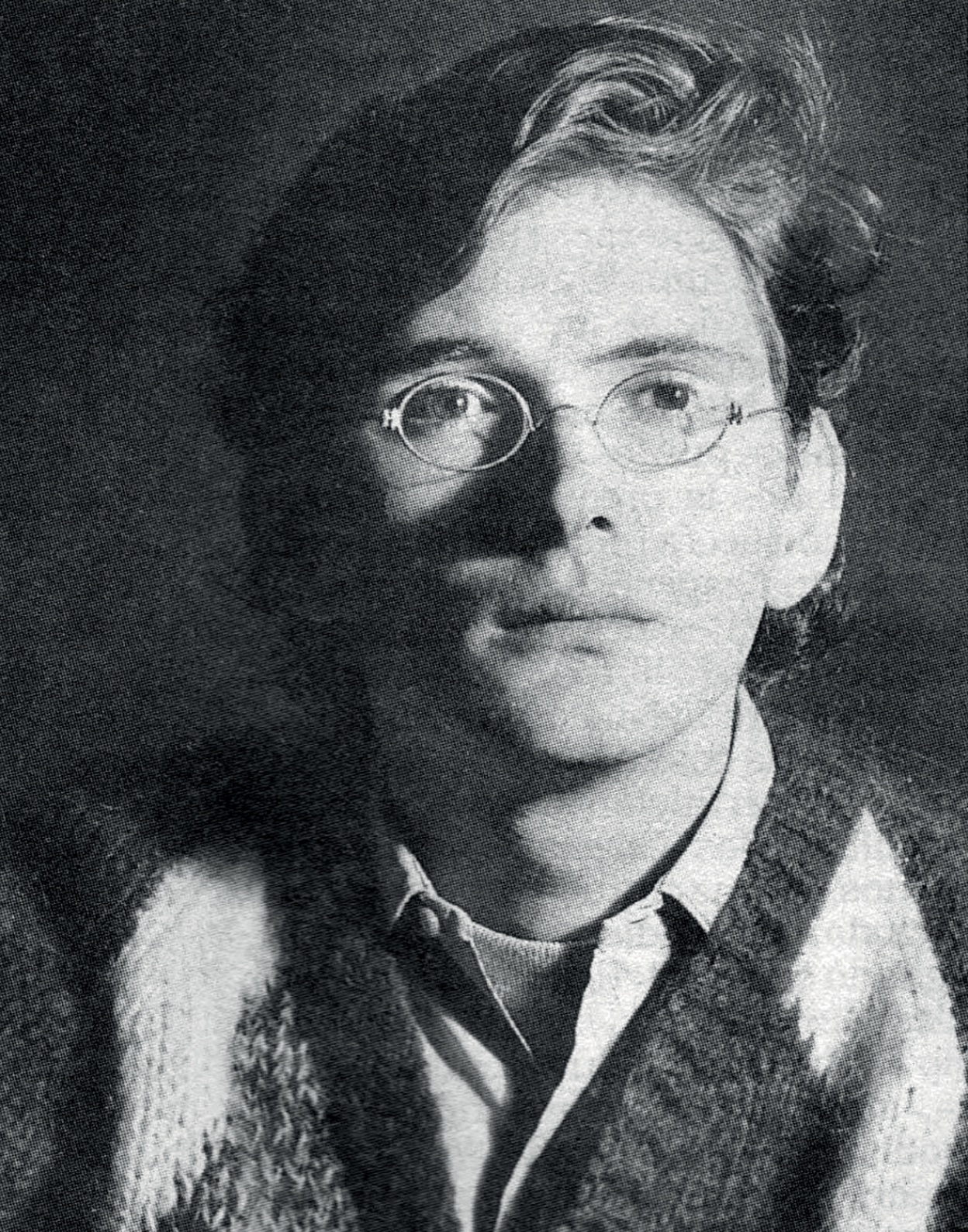
En Antioquia el arte es calificado una pérdida de tiempo, un derroche de energía, una enfermedad... Cuando en verdad la poesía es la única riqueza de la vida humana, el arte es la sublime forma que tiene el hombre de ennoblecer su vida.

Eso era lo que decía el clarividente Amílkar Osorio en la librería *Horizonte*, que después fue de Aguirre, cuando descubrió que un famoso poeta ruso escribía como nosotros, de una manera que otros llamaban enrevesada porque queríamos expresar esa sensación de repugnancia que era la vida cotidiana entonces, y que ha quedado patente en muchos de los poemas de Jaime Jaramillo Escobar y el propio Osorio, un enorme prosista que escribió novelas muy hermosas como *Súbete todo en mi* y otra que se titula *La ejecución de la estatua*, ejemplar. También hay muchas cosas buenas, inéditas, de Gonzalo, y de otros...

¿Y que piensas de tus poemas, en especial de esa muestra que hicieron en Medellín titulada Poemas ilustrados?

Mis poemas me hacen acordar de esos cajones de mis tiempos de anticuario ambulante, que me enviaba mi padre a Pe-

reira y Manizales y Cali, atestados de paja, de mucha paja, de la cual, escarbando, sacaba de cuando en cuando un pocillo labrado, una cuchara de electroplata ganada por una herrumbre azul, una carpeta de encajes en una bolsa de celofán, etc. De la literatura, del oficio de poeta en que empleé la vida, sé que me salvó de ser el empleado bancario que ocupa el sillón de su padre bajo una lámpara de neón, o el comerciante en telas que quería mi madre que yo fuera. Pero no, no me salvó de la soledad y la vejez... Una vez escribí un poema, con una duda: si perdí mi vida escribiendo poemas, ciegos, sordos y mancos, no lo sé, quién lo sabe. Pero sé que mientras siga escribiendo, un crimen no será cometido. Ni amasaré mi pan con sangre ajena... Quizás tengas razón. Fui mucho tiempo un poeta más enfático que ahora... hasta lindar con lo patético...



Eduardo Escobar

Un día, a principios de los años sesenta, comenzó a aparecer en Medellín, escrita en las paredes y fachadas de los edificios de la ciudad, una palabra que de inmediato despertó la curiosidad ciudadana: Nadaísmo. Estaba escrita en tinta negra y con ella, en la ciudad pulcra y blanca, se anunciaba algo que, aunque no se sabía de qué se trataba, pronto no tardó en revelarse cuando a través de una serie de actos escandalosos un grupo rebelde rompía la paz bovina del lugar, declarándose de paso portador de un nuevo evangelio que amenazaba con no dejar piedra sobre piedra. Su líder se llamaba Gonzalo Arango, quien había organizado sus huestes con adolescentes, algunos de ellos ex-seminaristas, malhechores y desocupados, y hablaba de poesía, libertad y mística.

La historia ya se conoce, pero quizá sea necesario decir que, para los muchachos de entonces, sobre todo para quienes ya asomábamos a la poesía y la literatura, los nadaístas llegaban en el momento en que, con su desenfado, filosofías y vida sin ataduras, representaban aquello que más anhelábamos.

Su imagen social, olorosa a azufre, ofrecía al fin una imagen del escritor contestatario, y esto era importante.

En Medellín, los nadaístas habían elegido como territorio suyo a la carrera Junín y tomaban eternos cafés y Coca-Colas en El Salón Versailles y El Metropol, que era un salón de billares que daba enfrente. Imitaban, con sus peinados y ropas estrafalarias, a los existencialistas parisinos y no dejaban de mostrarse a los ciudadanos como criaturas raras. Hasta allí, a veces, íbamos a verlos a falta de diversión mejor.

Una mañana vi a Eduardo Escobar cruzar de una acera a

otra aquel territorio sagrado. O a quien me dijeron que era Eduardo Escobar, pues yo no lo conocía. No tenía más de quince años, era bien plantado y su aspecto rebelde me hizo pensar en Arthur Rimbaud —sobre el cual el mismo Eduardo ha escrito la más bella y verdadera de las semblanzas del poeta gangrenoso —, a quien los nadaístas tenían, como apenas era obvio, como su santo patrón.

A parecerse al pobre Arthur, de un modo u otro, jugaban también los otros jóvenes airados de las huestes bárbaras: Darío Lemos (a quien le amputaron también, vuelto de una Abisinia imaginaria, una pierna), Amilkar U, Alberto Escobar y un niño insoportable de apellido Zalamea que sufría los estigmas del más grande de los poetas modernos.

Eduardo, subido al barco ebrio rimboniano, por lo que leía en la prensa y en los libros que empezaba precozmente a publicar, escribía poemas crípticos pero lo suficientemente hermosos para que no pasaran desapercibidos y otorgaran a su autor fama y reconocimiento. Por entonces, comenzaba también, para abrir las puertas de la percepción, a experimentar con la droga, a la que daba cariños y tratos de leguminosa. Sin embargo, tentado por asuntos mayores, Eduardo no se extravió en el “malditismo” y más bien, manteniendo viva la lección de Fernando González, envigadeño como él, y su maestro de todas las horas, buscó y busca aquella verdad que espera en el cruce de las otras verdades, apoyándose en una religiosidad sin religión pero enaltecedora siempre del asunto humano. De ahí también que, como suele suceder en sus crónicas periodísticas, se atreva a decir lo que piensa, así lo que piense no sea lo que habitualmente piensan los que dicen que piensan sin atreverse a mucho.

Poeta, ensayista, biógrafo y columnista, la vida le ha alcanzado para todo. Pocos intelectuales colombianos piensan, dicen

o escriben con la agudeza, el humor, la libertad y el conocimiento con que el nadaísta de ayer, preocupación permanente de sus padres, hoy lo hace.

Los años, que a tantos colombianos sólo les sirve para hacerse pícaros y vividores, a Eduardo le han servido para ser un hombre de bien, a su manera, lo que no es poca cosa en estos tiempos de espectáculo orbital, consumismo desenfrenado y condición mezquina.

He tenido la fortuna, como sucede con otros escritores de mi generación, de ser testigo del cumplimiento de su destino de poetas, y quizá sea hora de decirle que de él he aprendido lo que he tenido que aprender y también desaprendido lo que había que desaprender. Que es una manera de llamarlo mi amigo.

Elkin Restrepo

La flecha inmóvil

Desde estas alturas de mi vida,
con terror explicable,
cargado de memorias marchitas,
imágenes de amigos muertos,
asuntos que se han ido olvidando pero que siguen ahí,
pudriéndose en alguna parte adentro

Lleno de ecos,
de añoranzas de noches gloriosas,
y de ruidos de pequeñas hazañas
y de canciones recordadas a medias, en harapos,

me parece escuchar detrás de mí,
los grillos de los caminos que debí seguir,
el trajín del camino que no tomé,
el rumor de otros ocios,
el estruendo de otros oficios afamados,
y el alboroto de las flautas
de unas fiestas de las que estuve ausente

Podría ver, delante de mí, si me volviera, ahora,
lejos y extraño, aquel que rehusé ser hace tiempos,
de quien me separaron el azar, o la desconfianza,
si volviera ahora el rostro de ahora

Si diera la vuelta, vería la otra cara de mi vida,
las sendas que dejé vírgenes, las vías de otros sueños
y de otros propósitos: pero no puedo demorarme,
ni siquiera para contemplar
el fulgor apagado de aquellas cosas a las que renuncié
por necesidad, capricho o desdén, o por simple descuido

Es demasiado tarde
Queda poco tiempo para la nostalgia
Para esos lujos masoquistas
Para esos vanos ejercicios del corazón

A tientas, en estas costumbres que hice mías,
que ya son como mis vestidos y son como mis máscaras,
bajo el cielo incógnito como una burla,
en estas cumbres yermas,
sin una estrella o una flor en el horizonte
en descomposición,
podría ver, si me volviera, allá, donde jamás iré,
otros interiores, otras penumbras,
otros jardines de perfumes igual de rutinarios,
y otras fuentes soporíferas,
y el resplandor a medio fuego de las otras vidas
que me negué a vivir,
las de mis yoes no gozados

Oigo en mí el ladrido cariñoso de sus perros guardianes
Los gorgoritos burlones de sus loros en las estacas
Podría ver, si así quisiera, solo tendría que volverme,
los campanarios de otra risa

los adoratorios de otros dioses distintos de los míos
y unas tabernas y el trepidar de una industrias de males
y de bienes,
y otras calles ardientes que jamás pisaré
y los hijos robustos que no tuve
o que me arrancaron con embrujos
o me fueron dejando solo
o que yo abandoné por fastidio

Detrás de mí presiento ahora la presencia activa de los caminos que dejé de lado en una intersección sin referencia, otra plenitud del ser que no es la mía, que jamás será mía, pero que me pertenece de un modo oblicuo y misterioso

Pero los arrepentimientos son una pérdida de tiempo,
a estas alturas,
en el desorden de esta otra forma del mundo que elegí
o adonde mi destino me trajo
No nos queda más remedio, querida sombra,
que seguir andando, por estos atajos de perdidos,
detrás de una verdad oscura e improbable del mundo

Regresar sería fatal para los dos
Sin nada confiable, más que las alegres tinieblas
y este impalpable no saber,
insaboro e impuro,
que se ha convertido en nuestro tesoro

Olvidemos lo otro, los afectos renunciados,
las certezas abolidas,

las satisfacciones intocadas que no tuvieron apariencia para
nosotros

Y sigamos andando mientras anochece

Tal vez al final del extravío alguien aún espera

Eduardo Escobar



Cucarachas en la cabeza

En el radio reloj japonés sobre la mesa de noche
han establecido algunas cucarachas enanas una colonia

Herméticas y discretas a su manera
-cuando quiero sorprenderlas o contemplarlas
escapan hábilmente como ladronas al parlante de cartón

-su cautela supera su mutismo
-y misteriosas hasta cierto punto
-sólo dejan los huecos sonoros
cuando decido olvidarlas

Mientras duermo calibran mis fantasmas
interpretan mis pesadillas según la norma freudiana
Y cuando leo miran por sobre el hombro lo que leo
con un insoportable talante crítico

Estas espías dotadas de hipersensibles antenas inquietas
con curiosidad científica me interpelan

Se fuman mis cigarrillos
Sestean en mis manzanas como si hubieran
encontrado el paraíso
Muerden mis chocolates
Beben mi café
Circulan por mis biscochos

Y calman la hartura con mi antiácido predilecto

Parecen tan interesadas en conocer
el sabor de todo lo que como
(ensayan mi agua)
En probar la textura y la realidad
lo que pienso y su peso probable
En verificar la naturaleza esencial
y el color aparente de mis más íntimos
y hondos y queridos propósitos

A la hora del noticiero-
esta banda de cucarachas
esconde bajo mis narices un banquero norteamericano
o planea la toma relámpago de la emisora cultural
para divulgar un manifiesto libertario

En el concierto de la mañana se mezclan
en los remolinos del piano
con las semifusas como ellas llenas de patas
Pellizcan a destiempo los clavicordios

Al medio día son aplastadas sin misericordia
por el loco de los timbales
para redivivas regresar más activas y ansiosas por la noche
a graznar en los fagotes de los quintetos a copular desvergon-
zadas en el interior del cuarteto en la viola

Castas en el clarinete nebuloso de Mendelssohn
mariposean en el aire de la clara Primavera de Vivaldi

Corderos descarriados triscan en la humedad iluminada de
lejanías de la flauta del pastor legendario cuando viene El Sor-
do -pero no bobo- con su Pastoral a la casa

Y la sombra hueca del oro falso del oboe
cuando tiene su turno Tomasso Albinoni acarician

Se peinan o bien toman el sol en las celestas del desdichado
Bela Bartok En los espejos consecutivos de Arnold Schönberg
meditan y meditan y nadan y nadan y bailan en el Salón
Méjico de Aaron Coplan
como turistas gringas con hipos de tequila

Estas cucarachas melómanas se aquerencian en los amores
de Chopin

Se separan con tormentas demenciales de Schumann
Exhiben sus quejas eróticas con grandilocuencias de Brahms
Arden en el teatral arrebató de Paganini
Pero asimilan tan mal como yo la melancólica
o patética música de Tchaikovski
Y suponen que todo tiempo pasado fue más soportable o
mejor

cuando suenan Purcell Couperin Cabezón
las canciones de etiqueta de corte
O las ingenuas baladas inglesas que desgastaron romeos
en las ruidosas tabernas y en los altos balcones

Dotadas de unas temibles máscaras de horribles rictus afri-
canos

hediondas de cola parecen ponerse frenéticas

con Charles Mingus

Adoran el lirismo del sombrero catatónico de Thelonius Monk Entonan gospels de manumisos con la gorda Mahalia Jackson

y con Paul Robeson Adquieren un inconfundible cariz marihuano

con la poesía amorfinada de los Rolling Stones Patalean y se despelucan con fragantes ternuras de Janis Joplin -cultivadas con punzantes fervores de heroínas-

Y disfrutan de lo lindo con las guarachas precastristas del año 50

Y con la nostalgia de los calipsos de la turística Jamaica

Y con el huracán caribeño del merengue dominicano

Y con el mapalé salvaje que bailaba mi amiga Sadit Restrepo -que en paz descanse

Ponen aires compungidos de compadritos

con los aires mefíticos de Buenos Aires

Y desdeñan el limbo batido de don Julio Iglesias

(Ellas saben lo que hacen)

Pero por la cerrada unción que destilan -inciensos y óleos y áloes- durante el Pange Lingua y el conmovedor Stabat Mater en la campanuda programación gregoriana del domingo podríamos inferir que jamás fueron paganas sus almas que tocadas de tocas son las últimas carmelitas descalzas las más humildes entre las más humildes discípulas de la Loca de Avila sobrevivientes a fuerza de oración en el basural impío de la fantástica y miserable era atómica

-las que rezan por los payasos chilenos

y los cantantes mejicanos

(deben conocer la letra completa
de la cucaracha ya no puede caminar)
sublimados sus amores por el sin igual Jorge Negrete y por
don Pedro Vargas de voz de nardo en este templo de plástico
transistorizado

Pero quizás son sordas
Sordas como las celestes nubes
y las terrestres tapias y las arbóreas hojas

Y solo les importa saber la hora solitaria de cada hora

Las intrigan los problemas del concepto de Tiempo
A lo mejor son horas vivas estas pequeñas bestias sepias
que se pasean por la mesa y escapan al menor parpadeo

Mientras una trabaja en suceder las otras 23 descansan
Y juzgan mi pasado hecho a pedazos como un Todo

Retozan con cinismo entre mis cosas fragmentarias
sin unidad aparente
Admiran el turbio espectáculo de mis acciones mundanas
como si mucho les importara
Se burlan Ironizan Filosóficas
Con áridos argumentos de Bergson
Y con reticencias proustianas y retruécanos
de Martín Heidegger

Roen mi rostro en mi sopor profundo

Soy este gesto ausente que forman como más les conviene
y arrugan a su gusto

Con las malas artes de su contabilidad estas experimentadas
auditoras

hacen de mi vida dos masas acuosas de sumas iguales

Me descuentan con alevosía minutos

Me suman pérdidas con ventaja

Amasan mi alma Y mi crimen perpetran

O para preservar su integridad

son ellas mismas las muy zorras brujas

las mismas que me inculcan por telepatía

estos piadosos pensamientos éticos ecológicos

estos suspiros arrepentidos

este amor franciscano por todo lo existente esta generosidad
indiscriminada que me paraliza como a un hindú cada vez que
pienso en el bendito tarro de insecticida

Y si fueran y si fueran

policías japoneses camuflados de cucarachas para una inde-
terminada misión súper secreta estos enigmas en el Sanyo de
Troya

O por qué hurgan mis papeles con seriedad dubitativa

y constatan mi identidad hechizada

y hacen el censo de mis señas particulares

y me comparan con mis retratos

y se meten en mis bolsillos
y husmean mi huella de barro mortal con lupas
despistadas
y registran mis llamadas telefónicas
y fotocopian mi correspondencia

Tienen gestos ciertos de abrigar sospechas
acerca del asunto de mi sobresaltado asunto

O por qué rondan por el laberinto
de mis impredecibles intenciones
y proyectos para mí mismo inescrutables
con el celo abusivo de los sabuesos

Y si fueran japoneses
pero no policías en propiedad sino santos zen
en su satori sin koan
y sin búdicos párpados desapegados bajo el árbol sagrado
fregando el milagro imperfecto del loto vacío
en el estanque de un jardín de rocas
que no se cansan de impugnar
Estetas de minucias del rito del te
boddhisatvas locos discípulos adelantados del doctor Suzuki
peregrinas en sandalias por un dharma zurdo
o por un mahayana reducido a hinayana
por sucesivas amputaciones
como prescriben las técnicas del arte del bonsái

arqueros
cuyos blancos

son los deseos exuberantes del corazón (verdes -y cojo)
desertados del espejo -artífices de horizontes simulados
con pinceles calvos kamikazes de tablas coloridas
de surf mutantes
de las radiaciones perversas de Hiroshima y Nagasaki

Y si entre todas formaran un kaikú que quiere revelárseme
pero me cierra mi prosaica torpeza
de lector infatigable de novelas enormes
alemanas y rusas

Pueden ser
quién lo sabe
mendigos de un novelón romántico que leí
la semana pasada
recién caídos poseedoras de lujosos andrajos
con la opulencia del estilo de Víctor Hugo
○ Nada

○ quizás
son ingenieros
especializados en dispositivos microeléctricos

Expertos en pastillas de silicio
Diminuturizados genios lelos en superficies azules
de circuitos lógicos
integrados de alta velocidad cuyos reinos de cobre recubier-
tos de estaño tienen límites de terminales de oro -maestros en
informática y microcomputadores
Me gustaría -si es así- preguntarles ahora

por sus variables binarias
Si dulces les son los pulsos de tensión en las puertas lógicas
Si sus nanosegundos pueden ser iguales a la razón
o razón de absurdo
O divisibles todavía

Pero estas adictas al dióxido de silicio
deben estar borrachas de sistemas
alucinadas de nitruros de polímeros fotosensibles
de biones de boro alborotado
de átomos libres de flúor que vienen descargados
de moléculas de freón
y reaccionan al silicio policristalizado
para un patrón más preciso que el método
de grabado húmedo

Ebrias deben saber
que la santidad es imposible y que no es bueno el silicio
de una pureza absoluta
Que el fabricante del circuito debe llevar
el silicio que compra
hasta un nivel de pureza del 99,99999999
porque en la atmósfera pura del gas inerte
debe admitir
impurezas deseadas mientras se funde

O simplemente Estas manipuladoras de microcircuitos en
sus cárceles circuitadas indiferentes a la música la ciencia la
técnica la informática y la información a la política la mística
la mecánica y a Basho y al Tiempo y a todo aquello que nos

incumbe

no saben siquiera que Einstein no pudo asistir a Como
para ser el perro del Lama en el Tíbet
y no plomero en Washington
como se dice que quiso
Dios no juega a los dados

Aceptaré entonces y más me vale
con humildad más que conveniente
y con cautela más que razonable
contra el escepticismo generalizado que me infunden
e irradian en mi entorno –serenidad y aturdimiento–
contra esta perplejidad
contra la pavorosa confusión que me contagian
que esta manada de ortópteros que me circundan y me miran
que esta tropa oscura de cucarachas
que vigila la mesa y el radio y las manzanas
no es otra cosa

nada más nada menos

que una tropa silenciosa y oscura
de cucarachas

O tal vez son las ilusiones compensatorias
de mis desilusiones
Desórdenes salvajes de la imaginación
o de la paranoia galopante
Delirios de la fiebre de un tifo mal curado

O efectos secundarios de adulterada cocaína

A lo mejor no hay cucarachas aquí

Ni una sola cucaracha

Y no son más que cucarachas en mí lastimada cabeza

estas siluetas fugaces como los ángeles que

a veces creo percibir

en el nochero

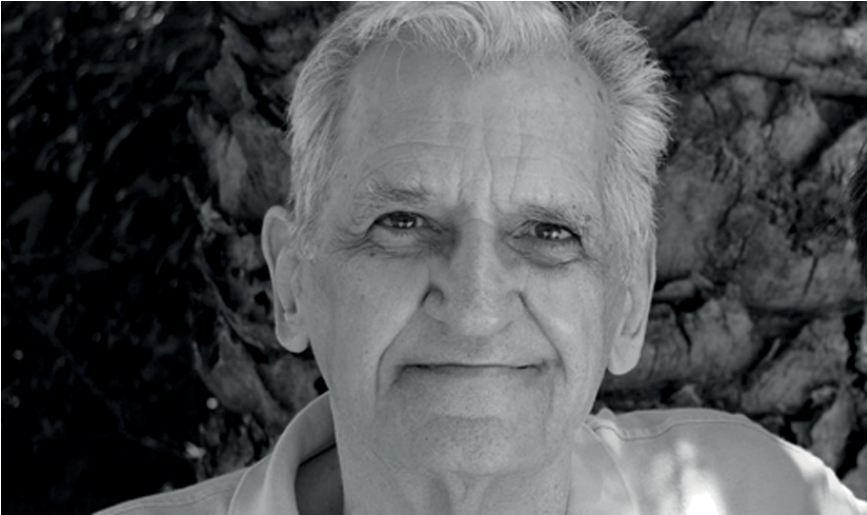
y que me sueñan para ser en los retorcimientos

de mis sueños

y me dictan poemas para divertirse a mi costa

Eduardo Escobar

Titos Patrikios



Titos Patrikios (Atenas, 1928), estudió leyes en la Universidad de Atenas y luego sociología y filosofía en la Escuela Práctica de Altos Estudios y la Sorbona en París. Miembro de la resistencia, durante la ocupación de Francia por los nazis, estuvo a punto de ser asesinado por los colaboracionistas; durante los años de dictadura que siguieron a la Guerra Civil Griega [1946-1949] fue desplazado a las fronteras de su país, detenido en los campos de concentración de las islas Makronissos y Ai-Stratis y enviado al exilio en París y Roma entre 1959-1964 y 1967-1975. Traductor de Balzac y Valery, entre otros, ha recibido los premios Salermo y Nacional de Poesía en Italia y Grecia respectivamente. Varios de sus libros están reunidos en la edición española *Aprendizaje otra vez* de 1991.

Un rostro

Te digo compañero.
Una roca tu rostro
años de sal y más sal
capas de cárcel y exilio
siglos geológicos cubrieron tu risa,
sismos imperceptibles de tu lucha cotidiana
derrumbaron el beso
en un lago desconocido y subterráneo
y tu mirada es mineral
bajo tu frente labrada.
Muchos no ven qué hay detrás de la piedra
pero si fuera una fragua la poesía
mostraría a la luz
todo tu tierno y oculto metal.

Versos que gritan

Versos que gritan
versos que se levantan como supuestas bayonetas
versos que amenazan el orden establecido
y a través de sus pocos pies
hacen o derrocan la revolución,
inútiles, falsos, arrogantes,
porque hoy ningún verso derroca regímenes
ningún verso moviliza a las masas.
(¿Cuáles masas? Entre nosotros ahora
¿quién piensa en las masas?
Cuando mucho un alivio individual, si no un ascenso.)
Por eso ya no escribo
para ofrecer fusiles de papel
armas hechas de palabras charlatanas y vacías.
Que levante sólo un extremo de la verdad
que arroje un poco de luz en nuestra falsificada vida.
Mientras pueda, y mientras aguante.

Los amigos

No es el recuerdo de los amigos muertos
lo que ahora me desgarrá las entrañas.
Es el lamento por los miles de desconocidos
que dejaron en los picos de las aves
sus ojos apagados
que aprieten en sus manos heladas
un puñado de casquillos y espinas.
Los desconocidos transeúntes que pasan
con quienes nunca hablamos
que sólo alguna vez nos miramos un momento
cuando nos dieron el fuego de su cigarro
en el camino de la tarde.
Los miles de amigos desconocidos
que dieron su vida
por mí.

Dos personas

Si alguna vez viste en medio de la calle
a dos personas que llevaban esposadas
no es imposible que una de ellas haya sido yo
que me volvía a desterrar.

Y esa mañana tenía como tú
tantos sueños
sobre el trabajo que encontraría,
sobre un paseo en la calle y bajo las luces,
sobre un poco de sol...

Y a él
que de pronto los barrotes lo ataron a su cuerpo
también él tenía grabados sus sueños
en su duro rostro.

(Se lo llevaron en la madrugada a las 6 del lado de su mujer.)

Cuando veas en la calle a dos personas
con esposas
no creas nada más
no creas nada menos.

Dos personas

Como tú.

Los ejecutaron

Los ejecutaron en la plaza central
los ejecutaron en la cantera con su grave eco
frente a cafés en ruinas y monumentos,
y corrieron mujeres enloquecidas
al encuentro de las ropas ensangrentadas;
los ejecutaron en la tapia de los basureros
entre vidrios filosos y latas;
los ejecutaron en la calle, en el umbral de sus casas,
en el campo de tiro de miles de cuarteles,
en la muda soledad de espesos campos cultivados;
los ejecutaban todos los días en vuestras manos,
en vuestra voz, en el forro de vuestra ropa nueva.
Y vosotros, ¿los habéis olvidado?

[Versiones de Francisco Torres Córdoba]

Alberto Arvelo Ramos

[Caracas, 1936-2010]

Rowena Hill



Los intereses de Alberto Arvelo Ramos se extendían a muchas dimensiones de la actividad humana. Dentro de su horizonte cabían ampliamente la docencia, la literatura, la música, la política y la filosofía. Hijo del poeta, político y diplomático Alberto Arvelo Torrealba, gozó de una infancia de muchas libertades en el seno de una familia culta y en contacto con los espacios y las tradiciones del llano; vivió años del liceo en Roma; participó en el idealismo y el riesgo de la guerrilla, antes de dedicarse al estudio y luego la enseñanza universitaria de la filosofía, en particular la estética. Siguió entregado al proyecto de la izquierda, siendo uno de los fundadores del MAS.

Como un rayo que atraviesa ese horizonte vital de Alberto Arvelo Ramos, se revela su devoción a la poesía. El "centro quieto" que es la poesía, el momento atemporal, no es sólo un asunto de palabras que se estremecen y reacomodan para recibirla, sino que se encuentra también en la experiencia diaria y en esferas del pensamiento.

La añoranza de Alberto Arvelo Ramos por esa esencia, más allá de dudas y conflictos, se manifiesta en su interés por *El matrimonio del cielo y el infierno*, de William Blake (al cual dedicó un libro), donde el poeta metafísico inglés concilia por la intensidad de su visión las fuerzas del bien y el mal. La fascinación por la música apunta a la misma necesidad de un lenguaje de resoluciones. Y la exaltación del proyecto de vida y arte del artista-arquitecto del páramo Juan Félix Sánchez corresponde a un momento en que la poesía se le hizo realidad tangible en un ambiente preciso.

Antes Arvelo Ramos había plasmado en *Poemas de enero* la descripción --en fragmentos-- de una estación en contacto con esa dimensión total del ser, más allá de los límites del yo y de cualquier convención de interpretación de la experiencia:

*¿Quién si somos el viento
hundidos, perdidos, transparentes
puede mirar el viento?*

Como escribiría más tarde (en *Laguna*), "el amor fue el pretexto para el encuentro lacerante". Quizás todo amor intenso en ese sentido es un "pretexto", como el amor puede ser utilizado como metáfora del anhelo por la totalidad poética. Los de Arvelo Ramos son indudablemente poemas de amor; pero es evidente que el estado despojado y balbuciente que propicia ese amor --los poemas son "dolorosos trozos de habla"--es al



mismo tiempo algo más fundamental, que para darle un nombre podemos llamar místico. En Arvelo Ramos esa vivencia se convierte también en una lucha contra los límites del lenguaje y su dependencia de una tradición particular, como declara en una sección final del libro, que constituye un *ars poética*, fugaz quizás pero en el contexto iluminador: la poesía debe buscar "el sentido vivo, el que sólo se desnuda ante el paisaje total de lo no dicho".

La poesía de aquí tiene que ser eso, balbucear la vida distinta, la nueva vida, que es justamente la vieja que nos han venido quitando. En este proceso lo primario serán los ritmos.

Laguna, el segundo libro de Alberto Arvelo, abre con un encuentro directo con la fuerza de despojamiento de la naturaleza, en una de las "soledades más puras de la tierra", el páramo remoto donde vivía Juan Feliz Sánchez. En algunos poemas de este libro el profundo acercamiento a la naturaleza que caracteriza --en formas diferentes-- la obra de dos poetas de su propia familia, el padre Alberto Arvelo Torrealba y la tía abuela Enriqueta Arvelo Larriva, se hace todavía más íntimo, más depurado de narrativa o diálogo sentimental, más apartado de un yo que reflexiona. El poeta se identifica con el páramo y de él surgen las palabras inmediatas, livianas, pulcras para nombrarse.

*Se me caen los dedos al agua
y tocándolos
la piedra que toco soy yo mismo.*

Sin embargo, en otros poemas de *Laguna*, y en una segunda sección reflexiva, encontramos que el poeta "se divorcia de tanta infinitud", quiere en cambio de la disolución mutua un amor real entre dos individuos, y escoge habitar los límites de

un testigo agudo y, ¿por qué no?, de un ciudadano común.

Después de los dos breves libros, tan perfectos, --*Poemas de enero y Laguna*-- Alberto Arvelo Ramos se abstuvo por muchos años de expresarse en forma poética. Escribía libros sobre temas culturales y sobre la situación política del país. Compuso una novela, *Honestidad* (2005). Cultivó con su esposa Solange la hermosa y hospitalaria casa en La Pedregosa, El Jagüey (un jagüey es y no es una laguna). Desarrolló actividades académicas, fue consejero de la ciudad de Mérida y diputado nacional. Dedicó muchos años al esfuerzo por crear una Zona Libre Cultural para Mérida, su aporte, según lo entendía, al futuro de la ciudad que había escogido como hogar. A pesar de las satisfacciones y alegrías que le proporcionaba su empeño desinteresado en las actividades públicas, lo llevó también a un agotamiento donde aparecían los primeros síntomas del mal que lo iba a acompañar el resto de la vida. El gran conversador, el hombre que convertía tantos aspectos del mundo en palabras, empezaba a perder el poder del habla.

El proceso de enmudecimiento, hasta el silencio completo, duró muchos años. En una de sus fases, Alberto Arvelo Ramos fue a descansar nuevamente en la palabra más esencial de la poesía, dirigiéndola a dejar constancia de realidades personales del corazón --sobre todo la familia-- y de atisbos de reconocimiento del atardecer íntimo que precedía a la noche cerrada. Los dos temas se entretajan. La ternura y el sentido hondo de la continuidad a través de la familia en los poemas dedicados a la esposa, los hijos, los nietos traen una música formal y conmovedora. A veces el dolor de saber lo irremediable de su condición irrumpe de manera sombría:

*En momento extremo de mi reino
voy a confesar que algunos de mis asesinos*

me han asesinado demasiado adentro.

En otros textos parece que acepta y casi justifica su destino. En el primer "poema del atardecer" (que tiene ecos --como otros del conjunto-- de un poema de su tía Enriqueta), pide al Dios que en este libro nombra: "*Que yo sea/ hueco en el hueco*".

Parece también que por momentos en estos poemas Arvelo Ramos vuelve a entrever la pureza, la realidad absoluta, de las lagunas:

*Ahora sé por qué
rocas furiosamente negras.
Ahora sé
por qué el azul
me asesina.*

Sería consolador poder creer que mientras su cuerpo desfallecía su espíritu vagaba entre las nieblas livianas, las rocas, las matas recias, en la orilla de un agua negra y transparente como joya abisal. Con la brisa que le limpiaba las limitaciones.

Aunque nada sabemos de la conciencia que tenía de sus últimos días, podemos creer que ciertas experiencias, las más intensas, las más lúcidas, donde nos invade ese rayo esencial que también es la poesía, persisten en una dimensión fuera del tiempo, no se pueden borrar. Es lo que conocemos de eternidad. De alguna manera Alberto Arvelo Ramos vivía y vive, ahora y siempre, entre esa soledad gozosa del páramo remoto.

Cinco poemas

Alberto Arvelo Ramos

Digo entonces

Digo entonces:
Me voy a otra tierra que duerme.
Me voy.
Y los muslos del monte
se poblarán de aromas
en la lluvia profunda.

Respondes sin saberme:
Ya no me soy. Soy yendo.
Huelo mis manos
y me huelo a ti.
A río
arado de silencios.

Después por las distantes
hendiduras del mundo
ya no viene la noche
ya no viene la noche como si fuera oscura.

Tú también

Nos voy llenando de rincones
donde a veces caminas o te pierdes.
Hay calma en estas noches
cuando espuma
vuelve
lentamente a ser agua.

Fue profunda su muerte.

Tú también de los ojos
le sacaste lo negro
y le metiste piedras
y astillas por los dedos.

Temías que muriera
lejano de tu aquí.
O que tuviera una sola agonía.

En pedazos pequeños al mar
tú también
lo lanzamos.
Y bebimos agua salada donde
cayó hacia el fondo.
Agua suya.
Así lo odiamos, tú también.
Cuando regreso al mar

muerdo arena
porque quedan aún sus pedazos.

Tú también las manos
tú también la roca de sus ojos
(son perlas los que fueron sus ojos)
tú también le comiste los labios
y le pusiste última sed.

Por su larga vara de agonía
tal vez lo amamos tanto.
Tú también
tiembles cuando pasamos
por sus ríos.

Poema de la inexistencia

En el goce he dejado de existir,
porque existir es recordar algo mejor que hoy.

Estirar de algún modo
alguna muerte que tuvimos
como si uno tuviera un eco.

Pero no tenemos nada más fuerte
que esta sacudida de mordernos.

Tus piernas se llaman
el olvido de Dios.

Tus labios se llaman
la voz que no dice.

Tu pubis se llama
el cielo que murmulla.

Tus senos son los ríos
por donde se meten estas tardes.

Tu aire, el aire tuyo
no es sonido
no es aire
eres tú, transparente.

A Solange

Ni carta ni poema
lo que esta mañana
me amanece.

No huyo de ti
ni te busco.

Andas en los ríos
cotidianos.

No gano nada con tenerte
ni ganas nada con ganarme.

Eres en mí, perderme.
Y yo en ti, perdido, comenzado,
tú sin ti.

Como un vidrio opaco
que no permite mirar
más allá de este gozo.

No es amor.
No es convivimos. No es casa hecha
para que tú y yo la levantemos.
No es historia. No es destino.

Ni hijos.

Es como respiras. Es como
respiras. Es como respiras.

Ars poetica

Minúsculo poema.
Giraba sobre sí
con tentáculos
de hierro luminoso.
Parecía bola viva.

Debajo de los versos era
otra bola pequeña
y durísima,
más azul que la muerte.

Se movía
en la respiración de las palabras.
Se mecía de tristeza.
Era el corazón inhumano
de la voz.

No respeta al decidor.
No lo castiga.
No lo expresa. No le da otra función.
Sólo la única
de constructor de nada magníficas.

A Orlando Araujo

Gabriel Jiménez Emán



“En la poesía de Gabriel Jiménez Emán concurre la ciudad como lugar de ruinas, inmóvil, radicalmente ajeno; la nostalgia por otros mundos perdidos o desconocidos; el propio cuerpo como espacio a escala reducida donde habita el desconcierto, o una derrota innombrada pero arraigada como presencia inevitable, fruto de un destino caprichoso y fatal. Y ahí mismo, la sombra, la noche, el bar y la cerveza, otro cuerpo de amor insatisfecho, la escritura hecha deseo, como refugios cómplices, espacios de dolorosa y lúcida conciencia.”

Juan Liscano

Mi querida cerveza

Siempre sueño ir nadando en una gran cresta de cerveza
desenfundo mi arma en pleno oleaje
y siento la espuma, música plena en mis orejas
pero no soy capaz de disparar
estaría hiriéndome al despertar
como el desesperado cuando la marea se levanta
juntando sus manos en la única súplica
la de entenderse con los muertos
y volar en pedazos el día menos pensado

No he podido encontrar muerte más bella
que la de suicidarme con cerveza
el gran secreto del oro de copas
atravesando mi garganta como una saeta
dulzura de ojos vacíos

Poesía

De noche inmensos chorros de cerveza
salen sin piedad de la tierra
arrastrándome a rincones
donde se pierde toda la vergüenza del mundo
mujeres funerarias salen de los confines
a besarnos, a morder nuestros labios en camas apagadas
con todo el silencio que destila el amor

en la gentil pornografía
riendo con ganas de la vida,
como si regresando a nuestra casa
hubiésemos dejado herido el horizonte
varias gaviotas muertas y un lejano sabor a cerveza
que nunca nos humilla

La trompeta culpable

Hace una semana o tal vez más,
quizá hace dos, o un mes
sueño que toco la trompeta.
Una mujer me dice que no puede ser
que ella jamás imaginó un sonido tan sublime.
Pero yo la toco otra vez
y le demuestro que los sonidos salen
como flujo magnético
metiéndose en el almuerzo
y provocando exclamaciones
en los demás asistentes.
Mis dedos en los pistones
son pequeñas serpientes doradas.
Alguien que no veo me aplaude,
después mi mujer me golpea con una cuchara,
luego mi hijo me dice que le duele
el oído.

Yo sigo hasta formar parte de un conjunto
famoso por beber whisky en los ensayos.
después llega mi madre y me reprende
me dice que voy a despertar a los muertos de la cuadra.

Mi trompeta va a dar a su estuche de felpa.

Entonces la primera mujer me vuelve a decir
que ella no lo cree
que yo estoy soñando y que ella sin embargo
me ama.

Yo me despierto cansado,
viendo a mi almohada asustada
arañándose la cara.

A la luna

En el trayecto nocturno de regreso
miré al cielo y vi la luna. ¡Qué luna!
Largo rato estuve viendo su cara plateada,
sus ojos esfumados, su nariz y su boca
que siempre suspira desde allá, tan lejos,
y sonrío, para que seamos felices.
Qué sería de la noche y de nosotros
sin su luz: unos seres solos, amargos,
sin ese disco que nos acompaña, nos entibia la piel
antes y después de nacer y morir.
No concibo nada sin su presencia,
nada de lo que hacemos puede alcanzarla
ninguna palabra tocarla,
nada de versos, señores poetas de la noche,
nada de este ejercicio cojitranco del verbo,
ella está arriba suspendida, flotando, planeando
sola y muda para nosotros: sólo hay que verla
como uña, hoz, pelota, bola dulce con sus livianos cráteres,
sus valles llenos de nervios secos
y su aire sin peso que nos deja instalados
en el viejo silencio de los tiempos.

Eduardo García Aguilar

Asalto nocturno

El asaltado grita en la gélida noche
y rueda por escalas nauseabundas
donde un cráneo vierte la sangre de la patria

Sus gemidos ascienden hasta el Hotel del Parque:
en el 604 un hombre tembloroso inhala paranoias
y muerde sus almohadas entre oscuras cenizas

En un mar de cemento tapizado de líquenes
el moribundo extiende su mano hacia la nada
y los amantes lamen los muslos del hastío

Gritos en las esquinas de locos drogadictos
en el espacio de la ciudad maldita
recuerdan al poeta la triste letanía

Del ciervo asesinado o la ninfa desnuda
cuyos líquidos solos como muros de llanto
colman huecos parduscos de alegres calaveras



Regreso a Trocadero

Es 13 de septiembre de 1998
475 días antes del año 2000
Trocadero está nublado y frío esta tarde
tras de la exposición

¿explosión?

de Boltansky

Escalofrantes fotos de adolescentes suizos
muertos hace tiempo
adosadas a puertas de sarcófagos uniformes de metal
Camas cubiertas de sábanas blancas como sudarios
bajo el neón de la anestesia
lechos enfermos catres gélidos
Ropas viejas con olor a tiempo ido

a sudor fiebre muerte

Objetos perdidos cascos sombrillas radios zapatos
paraguas llaveros bacinicas carteras
botas relojes bastones radios
paquetes envueltos en celofán
Cámaras fotográficas muñecas abrigo para niñas
autos de juguete bolsas de dulces corazones perdidos
vidas perdidas tiempo perdido
Es domingo y en lo alto de la Torre Eiffel
parpadea la gigantesca cuenta regresiva

475 días antes del año 2000
Por el oeste sale un breve destello de sol que golpea la mole
y desaparece entre sus hierros como un espejismo de bronce
En el Museo de Arte Moderno
al salir de la exposición de Boltansky
un video muestra a cierto hombre que tose sin cesar
y se ahoga en su sangre
consumido por una agonía interminable

Cardoza y Aragón ha muerto

El sol de septiembre en el poniente
intenso entre las grises nubes
y la llovizna tenue sobre el dulce
el payaso, la novia y la bandera

La vieja melodía del organillero
junto a la Catedral de Coyoacán en vilo
subraya la ausencia de quien sueña
en el río fugaz de Guatemala

En una fecha heráldica y arcádica
Cardoza y Aragón ha muerto
y sus ojos con malicia cantan al viento
que llevará sus cenizas al Ajusco

Cuando muere un poeta muere el mundo
el poeta es de aire y de palomas
más cristal más palabras más misterio
contendrá el anagrama de su natal Antigua.

Papeles del loco

¿Es el poeta una extraña antena superpuesta al volcán
o acaso un payaso solitario derretido entre sus colores
o un caballo enfermo con su mirada grisácea
hastiado de sus palafreneros ebrios entre estiércol
junto a cascadas con canoas lejanas en caída libre
como ocurre con el poema flecha herida bala rayo ruptura?

Todo joven poeta algo disecado espera su busto
en tristes plazas cuyos mendigos ciegos sueñan
castillos espaciosos de cristal de Murano
imaginados en leprosarios asiáticos por budistas
y nada ni la luz de la amada que lo convoca deslíe
la pútrida electricidad cósmica de su propia quimera

En la humedad de estaciones heladas de esquí
o en la primaveral cristalinidad perlática del riachuelo
fluyen estados de ánimo en superficies de flor y lodo
y con palabras incrustadas en cuevas paulatinas
se oye el sonido de las imprecaciones acuosas
la goteante liturgia de la lluvia y su poema

Poeta hombre precipicio violeta flor campo
roca velo de seda cadmio azul arcoiris luciérnaga
¿Qué dicen sino su propia luminosidad antes
del precipicio por donde caen hacia un remolino
o tal vez la radioactividad de una civilización indeseada
presa en la colisión de dos galaxias exhaustas?

Cosas colores paisajes sol noche
ciudades esquinas pozos aljibes torres
adquieren extrañas connotaciones para infectados
si son poetas jóvenes apenas iniciados
al extremo ritual de concretas paredes
cubiertas de líquenes y musgos desleídos

El poeta recién horneado o el que se desmorona
fue extraído de un yacimiento magmático
y los materiales que lo conforman no desaparecerán
con su fin: sólo se diluyen en gemas reales
acumulándose en baúles incrustados en baluartes
como tesoros legendarios para ninfas

Estalactitas musgo veta coral perla malaquita
ónix rubí perfume agua de colonia estrella de mar
reflejan estrellas desaparecidas sobre hojas de otoño
y vuelan en tapices de Damasco o Bagdad o Estambul
hacia sus propios cristales de roca en el paraíso
atraídos por el profeta que nada codicia del velamen

¿Nada busca el poeta? ¿Nada lo llama a su delirio?
¿Ningún oráculo le avisa del peligro ante la hidra?
¿Alguien oculta la verdad cuando ve sus ojos poseídos
y se niega a la revelación junto a desiertos sin oasis?
¿Tan desamparado estará acaso ajeno a su caída?
¿Será el deseo tan espléndido que su codicia lo ciega?

La poesía de Lois Pereiro

Daniel Salgado Santiago

La misma tarde en que Caetano Veloso presentaba en A Coruña su último elepé, un grupo de poetas se reunía en un mesón para homenajear al autor de *Poesía última de amor e enfermidade*. La obra de Lois Pereiro (Monforte de Lemos, 1958- 1996) compareció en un mesón de la calle Emilia Pardo Bazán la tercera semana de Octubre de 2007 a través de las voces de los autores de su generación. La recuperación de un poeta de culto en la Galicia de los años 80 estaba en marcha y alcanzó todos los soportes: Iago Martínez preparó un documental sobre su vida y trabajo y, antes de fin de ese año, los poemas de Pereiro aparecieron en castellano por primera vez.

"Los poemas de Lois son de acero, funcionan como un bisturí que disecciona la vida", explicó el poeta Xavier Seoane, "pero detrás se aprecia la fragilidad del individuo". Seoane formaba parte de los escritores que, junto a Lois Pereiro, reunieron poemas en los dos volúmenes colectivos *De amor e desamor*, publicados en 1984 y en 1985. De la misma promoción procede Miguel Anxo Fernán Vello, que rescata igualmente la imagen del "bisturí" para referirse a los poemas de Pereiro.

Atravesados por lo que el propio Fernán Vello denomina "nieblas centroeuropeas", los libros de Lois Pereiro -*Poemas 1981/1991* y *Poesía última de amor e enfermidade*- conectaron la literatura gallega de los 80 con zonas poco transitadas. La lírica alemana última o la causticidad del austríaco Thomas Bernhard se incorporaban, a través del expresionismo a veces terminal de Pereiro, a las letras del noroeste. Una de las más célebres fotografías del poeta lo muestra con un libro de Peter



Handke en los brazos y una Fanta de naranja. Para Xulio López Valcárcel, otro de los escritores De amor e desamor, "Lois reclamaba una tradición novedosa que se apartaba de lo latino; Joyce, Shelley". El menos central de la generación de poetas de los 80, al cabo.

Xavier Seoane relaciona la imagen de Pereiro con los retratos de Alberto García-Alix. "Tenía aquel aire a lo Rolling Stones o al Lou Reed de los 70, con una elegancia natural y dura", dice Seoane, "y ahí había una persona de una humanidad cordial y desolada". "Lois sabía lo que valía un peine, porque en su vida se enfrentó a unas grandes dosis de sufrimiento", recuerda. La enfermedad marcó la existencia y la obra de Lois Pereiro de manera que, a menudo, no resultó fácil establecer delimitaciones.

"Los poemas de Lois conforman una crónica existencial, una bitácora dramática de su propia vida", afirma Fernán Vello. "Al final", confiesa, "veo más a Pereiro a través de su obra que a través de sus fotografías". Pero esta característica es precisamente lo que López Valcárcel reprocha a la escritura del monfortino, quien, a pesar de reconocer que mejora con los años "como el buen vino", asegura: "La anécdota personal no trasciende, en ocasiones, a lo universal, y sus poemas se transforman en piezas excesivamente confesionales".

Declaración.

Amarte, vida, amarte case sempre,
inda que sexas dura e leves entremedias
piedade e odio intermitente.
Es ti a que sempre educas e aceleras
a doenza letal dos que non se resignan
a ignorar como es en realidade:
somentes un traxecto
cómodo e aldraxante cara á morte,
un tránsito inútil e innecesario.
Pero a ignorancia salva ós que non queren
arriscarse a perderte tan axiña
a cambio da renuncia a profanarte.
E aqueles dentes que perdín
precisaríaos agora para defender
as conviccións nas que me reafirmo.
Solidario e amable, se é posible,
ou lobo estepario no desterro,
completarei o círculo insurxente
coas balas do desexo.

Declaración

Amarte, vida, amarte casi siempre,
aunque seas dura y lleves mientras tanto
piedad y odio intermitentemente.
Eres tú la que siempre educas y aceleras
la enfermedad letal de los que no se resignan
a ignorar cómo eres en realidad:
solamente un trayecto
cómodo y ultrajante hacia la muerte,
un tránsito inútil e innecesario.
Pero la ignorancia salva a los que no quieren
arriesgarse a perderte tan deprisa
a cambio de la renuncia a profanarte.
Y aquellos dientes que perdí
los necesitaría ahora para defender
las convicciones en las que me reafirmo.
Solidario y amable, si es posible,
o lobo estepario en el destierro,
completaré el círculo insurgente
con las balas del deseo.

[Traducción de Daniel Salgado]

Conversando con Alfredo Pérez Alencart

Sergio Casquet



Poeta y profesor de derecho del trabajo en la Universidad de Salamanca, Alfredo Pérez Alencart (Puerto Maldonado, Perú, 1962) nació en la capital del departamento Madre de Dios, donde dejara huella el cauchero Carlos Fermín Fitzcarrald López (San Luis de Huari, 1862-1897), a quien perpetuamos en el rostro transfigurado y macilento de Klaus Kinski tratando de convertir la selva peruana en un río donde navegase el *Con-tamana* en el filme de Werner Herzog.

Miembro de la Academia castellana y leonesa de poesía, ha recibido el Premio Vicente Gerbasi o el Juan de Baños. Algu-

nos de sus libros son *La voluntad hechizada*, *Madre selva*, *Savia de las Antípodas* o *Cartografía de las revelaciones*. Accesible y simpático, con un sentido del humor suave e inteligente, Pérez Alencart, salmantino, peruano, asturiano y brasileño se pasea a menudo por las calles del barrio de Tejares o el campus Miguel de Unamuno, en uno de cuyos bancos hemos conversado sobre poesía y otras cosas de este mundo, como la crisis social y económica que estamos viviendo.

«La poesía, me dice, es una carrera de fondo. Tardé mucho en publicar, deliberadamente. Me importa hacerlo bien. En este caso, no por ir muy rápido vas a llegar. Como decía Borges, ojalá recordaran alguno de mis versos, con eso sería suficiente».

Pero los tiempos nos imponen ir a toda marcha...

Lo que ocurre es que hay que intentar saber lo que uno quiere. Por ejemplo, yo sé que económicamente estaría mucho mejor en Perú, pero no me atraen el poder, el dinero o el fulgor...

Te basta con una hoja y un lápiz...

Y asegurar un techo y el pan de mi hijo. En *Mientras se derrumba Wall Street*, yo, que nunca he tenido una acción de nada, hablo de mi pequeño piso en el barrio de Tejares, de mi coche ya próximo al desguace y de que tomo tranquilo el desayuno porque no he tenido ciertas aspiraciones.

Quizá tengamos que volver a cultivar la finca pequeña y a alabar la grande...

Así es. Sabía lo que ganaban los españoles y no me cuadraban las cuentas. Sólo funcionaba si te endeudabas a cuarenta

años. Cuando lo decía, me daban caña por aguar la fiesta.

Ahora parece que todo el mundo lo vio venir...

Una vez que pasan las cosas, todos somos videntes. Pero yo lo escribí en su momento. Es algo que hoy está sucediendo en Perú, donde hay un crecimiento tremendo y la gente se muestra envanecida.

Nos cuesta aprender...

De hecho, siempre digo lo mismo: por el oro no te envanezcas, porque puede faltar mañana. Vamos en un barco que sube y baja con la marea.

Como si fuera un final...

Ha caído el arquetipo del capitalismo tradicional. Siempre es bueno que haya libre mercado, pero tiene que haber equidad, cosa que ahora no sucede. Y tenemos que encontrar salidas, porque las alternativas son peores...Ahora recuerdo mi infancia en Puerto Maldonado como si fuera el paraíso, con todas las dificultades del paraíso, porque es muy bello, pero también hace mucho calor y hay unos mosquitos terribles...

Era zona de inmigrantes...

Que llegaron siguiendo la estela del caucho, que antes era conocido como oro verde. Gente esforzada. Por ejemplo, mi padre era huérfano desde los cuatro años y empezó a trabajar desde los doce años, sin parar hasta ahora...

¿Quiso que estudiaras?

Era su máxima aspiración. Estuve en Puerto Maldonado hasta la secundaria. Los primeros y segundos puestos del bachillerato tenían acceso libre a la universidad, sin pasar por selectividad. Fui primer puesto de mi región y me marché a Lima para estudiar Derecho.

¿Y cómo fue salir del paraíso?

Un trauma. Lima es una ciudad inmensa y caótica. Llegaba de respirar aire puro y me tenía que subir a unos autobuses que contaminaban una barbaridad. Los primeros días me daban arcadas. Me quise volver. Pero mi padre me dijo que el ser humano se acostumbra a todo. Y así fue.

¿Cuándo empieza tu interés por la poesía?

En mi casa no había muchos libros, pero sí una enciclopedia que me leí entera, junto a todo lo que caía en mis manos. Era un gran lector. Al llegar a Lima ya empecé a escribir y a leer con regularidad. En la Facultad de Derecho había tres revistas literarias...

¿Qué autores te gustaban?

En los colegios la literatura estaba mal tratada, pero en mi etapa limeña empecé a leer a César Vallejo y quedé deslumbrado. Lo sigo leyendo y cada vez me parece nuevo. También comencé con Alejandro Romualdo.

Llegaste a España a mediados de los ochentas...

Descubrí este país el 12 de octubre de 1985. Y no es broma. Llegué en un vuelo patrocinado por la embajada de España para emigrantes. En realidad, fue un redescubrimiento, pues estaba en mi sangre, claro.

A estudiar...

Para hacer el doctorado en la Universidad de Salamanca. Lo que me decantó fue la trascendencia que la universidad tiene en la historia de América. Y me atraían muchísimo las figuras de Unamuno y Fray Luis de León.

¿Te sentiste extranjero?

Nunca me he sentido extranjero en ningún lugar, aunque lo sea. Tengo tantas extranjerías que una más no me hace daño. De hecho, cuando me lo dicen, no me lo tomo mal. Por eso es tan importante viajar. Cuando sales de tu redil de seguridad, te sientes extraño. Y es peor si no tienes dinero. Pero eso te espabila y te hace comprender mejor las cosas...Es más, soy un pirata de los buenos, porque voy a conveniencia. Cuando voy a Asturias, soy asturiano. Y cuando voy a Galicia voceo el apellido de mi abuela, que era de Puenteareas.

¿Por qué Derecho del Trabajo?

Lo he pensado mucho y creo que viene porque mi padre ha sido empresario toda su vida. De niño siempre le escuché que antes de nada había que pagar a los trabajadores, porque tenían que mantener a sus familias. Por eso caló en mí la sensibilidad por el trabajador.

Hablemos ahora de la vanidad del escritor...

Se evita siendo más comunitario. El escritor cree que es lo más grande del mundo y al final sólo habla de lo suyo. He publicado y coordinado muchísimos libros con poetas desconocidos que pueden ser mejores que yo.

¿Viviendo en Salamanca cómo ves la comunidad autónoma de Castilla y León?

Siempre he sido castellano, es el único idioma que hablo, no me choca la idiosincrasia de sus gentes. Además, es muy similar a la de la zona andina de Perú.

¿En qué sentido?

Pues desde las construcciones en barro hasta la vestimenta. Todo salió de Castilla para allá. Por eso no me sorprendió demasiado cuando llegué...

Volvemos a lo de antes: es más lo que une...

Por ejemplo, la tesis doctoral de José María Arguedas, un escritor peruano, es un estudio entre las comunidades de Sayago, en Zamora, y la zona andina de Perú. Y en ambas encuentra demasiadas similitudes.

¿Le falta empuje a Castilla y León?

Sin duda. Y es uno de los motivos de asombro que tengo. Soy muy provinciano, pero también soy muy internacional. Me ha sorprendido que varios de los presidentes de la democra-

cia hayan sido de Castilla y León. Sin embargo, la comunidad no ha tenido el desarrollo que ha podido tener.

¿Qué falta?

Tendría que reivindicarse más el hecho histórico, como hacen otras comunidades que tienen menos. Son tiempos malos porque todo depende de la economía, pero Castilla y León se merece mejor tratamiento en las inversiones y en el ámbito cultural español.

Quizá haya que empezar por reconocerse a uno mismo...

En ese sentido, hay que desterrar esa idea de que esto es tierra conquistada. Pese a que a nuestra universidad viene gente del todo el mundo, ahora hay un letargo y una emigración tremenda de los más jóvenes.

En su poema 'Migrancia', Alfredo Pérez Alencart escribe:

*te declararás
deudor,
aunque a diario ganes
la partida*

En un mundo como el actual, donde las fronteras comienzan a ser nostalgias y donde el conocimiento se comparte como nunca hubieran soñado quienes nos precedieron, nos hallamos en todas partes y en ninguna, sabiendo que vivir ya es un oficio. Y así ganamos cada día nuestra partida, pese a que la prima de riesgo no quiera acompañarnos a casa y lleve nuestra resaca hasta el mediodía. A la espera de la inevitable noche de aguace-

ro, habrá que releer a Vallejo, para así recordar cuanto antes lo importante, a ser posible sin teléfono móvil:

*Relátate agarrándote
de la cola del fuego y a los cuernos
en que acaba la crin su atroz carrera;
rómpete, pero en círculos;
fórmate, pero en columnas combas.*

Salamanca, 19 Mayo de 2012. [Fragmentos]

La poesía de Alfredo Pérez Alencart

Antonio Salvado

Raramente encontraremos en la poesía española actual poeta que, como Alfredo Pérez Alencart, alumbrase un horizonte temático tan polifónico y tan ramificado. En verdad, la obra hasta ahora publicada de este poeta peruano-español clarifica, en su ejecución, floraciones multiformes que diríase, reconcilian absolutamente todos los elementos y todos los escalones vivenciales que singularizan y reflejan al Hombre en su condición de criatura con un destino y de creador con talento intemporal.

En el ámbito o dimensión así identificados, la poesía de Alfredo Pérez Alencart legitima, por la palabra, la completa autenticación de los atributos, serenos o estremecidos, que modelan y caracterizan al ser humano en su tránsito terreno y, también, frente a Dios.

Del ascetismo celebrante a lo divino a la exaltación amorosa y peculiar de la mujer; de la fascinación (lírica o dramática y, hasta, humorística-satírica) por los flujos y reflujos, por las armonías y desarmonías de lo cotidiano, hasta las evocaciones de las mundividen-

cias de un trayecto personal pleno de motivaciones; de las ‘geografías’ sentimentales trazadas por la introspección, a las geografías concretas de un mapa físico (América Latina, España, Portugal...), geografías esas generadoras de relevantes creaciones; de las denuncias (siempre pobladas, sin embargo, de singular serenidad) por las injusticias que alejan y laceran a los hombres en su dignidad, hasta el acatamiento algo suspirante de la culpa que al propio poeta también cabe por desocultar dichas angustias y desesperaciones.

Esta es, en un resumen posiblemente aleatorio, la multiestratificada, encantatoria y sorprendente cristalización de los abordajes que consustancian, en variados ritmos formales, la poesía de Alfredo Pérez Alencart.

Alfredo Pérez Alencart

Tras la niebla

Ocultas tras la niebla
tus palabras
heridas.

Y quita
de su pedestal
las palabras
que hieran.

Las monedas

Se han puesto a contar las monedas
que cobraron tras el desahucio.
Así es la servidumbre, sin pudores,
pura erosión de aquella algarabía
de unos pocos cuidando de muchos.

Llegaron los mercaderes
y el ladrón presta al prestamista,
y el pordiosero increpa al pobre
de nueva credencial tras el eclipse.

Las monedas. Se van. Vuelven.
Defecan su óxido sobre los peces
y los panes. Incitan al simplísimo
crimen del hambre. Ni dos peras
ni dos manzanas te dan sin ellas.

Órbita del hombre

Pertenezco a la hoguera y al cosmos,
a la honda progenie de distintos seres
que se entretejieron poblando la tierra
desde la víspera hasta el acabamiento.

Yo soy el Multiplicado, el que re-siente
cómo el génesis desgasta sus costillas,
el que insiste en parpadear inocencias
aunque le lluevan todos los reproches.

Lo mío es poseimiento de las agonías
y de la gema del éxtasis y la terneza.
Aquí muestro mi estatura de peregrino
presto a pronunciarse y a redimirse.

Heme aquí, ardiente e insobornable
repertorio de vida, cuerpo centinela
que ama y se fusiona con fe nutricia,
deseante de amaneceres y connubios.

Yo soy el que escruta por la hendidia
de la prolongada ausencia o de la piel
que no es fuga ni sueño, sólo realidad
profunda, maná para el transcurso.

Lo mío es orbitar aquello que suscita
y espera un humilde regreso, próximo
o lejano; lo mío es orbitar entre lirios
y pájaros con las pupilas plegadas
al cortejo alígero de un Dios totalizante,
no sé si abismado o encumbrado
en la trémula luz que me transfigura.

Yo soy pormenor apenas, fugacidad,
débil voz o salmo de advenimiento,
o huésped celebrante cuyo destino
enseña dos moradas y dos exilios.

Soy un hombre que hoy recuerda
todo aquello a lo que se consagra:
alto cielo, esposa mía, árbol o hijo
para depositar mi mortal materia
en la ladera encendida o en la gruta
donde persisten señales del Misterio.

Pertenezco a los bosques y a las aguas
que empapan mi alma desde antiguo.
Pertenezco a los cálices de la deidad
mutándose en desnudo gozo, en infinito.

Andrés Morales



Epistula Lucii Celii Galbae Claudio, Senatori Romae

“Mi care Claudi:

Iam fructus maturi sunt. Omnes res paulatim soluti sunt: illa rebellio infamis et Viriatus, dux eius; aquae inopia; confertis tributis; etiam ille sensus rancidi vini, vivendo procul a Roma, videtur diluere in vesperum aestuosarum postmeridianis quietibus”.

(Dictat dominus post lavationem
post ritus iteratos,
dictat, dictat, dictat, ut semper).

“Lucrecia tui meminit e corde. Filii crescunt ut herba in Siciliae templis. Hic, in uniformitate punitae provinciae, pax nostra concedit gaudium insipidum postremis diebus iuventutis finem facientis”.

(Manus eius gerunt et poculum
aliquas aquae suae guttas vertit.
Aqua ut cruor inter digitos,
cruor effusus clamoribus suis,
exercitus inclemens, imperia sua absurda).

“Meditor in regressu et illa est, care amici, ratio limi qui subit post haec verba ut rogatio. Cumulant labores et tempus fit parcum, itaque a te peto tuam diligentem precationem ante Senatum”.

(Agri exsiccati sub aquila et ense.
Veterum forum sine pane nec mercibus.
Viae ubi odium pertransit singulas domus.
Aves voraces truncant nostros mortuos).

“Sic, care Claudii, valedico. Haec epistula tantum quaerit te memini ingentis affectus qui nos coniungit. Illae noctes lenes apud Tiberim, in triclinio amabili domi Petronii”.

(Et oxidum crudele quod in quaque porta habitat
et metus nocturnum et gradus custodiae
Et silentium atrum quod claudit quodque os).

“Post hac, aliqua res, etsi parva aut magna in officio, quod sit denique ad regrediendum. Accipe amplexum fratris, qui gratus e corde te respicit”.

Datum Lucio Celio Galba, Praefecto Numantiae.

Versión latina de José Salomón Gebhart.

Epístola de Lucio Celio Galba a Claudio, senador de Roma

“Mi muy querido Claudio:

Las frutas por fin están maduras. Todos los asuntos, poco a poco, se han resuelto: aquella infame rebelión y Viriato, su caudillo; la escasez del agua; el pago de tributos, hasta esa sensación de vino rancio, al vivir lejos de Roma parece, se diluye, en las siestas largas de las tardes calurosas”.

*(Dicta mi Señor después del Baño,
después de ceremonias repetidas,
dicta, dicta, dicta, como siempre).*

“Lucrecia te recuerda con cariño. Los hijos crecen como la hierba en los templos de Sicilia. Aquí, en la monotonía de la provincia castigada, nuestra paz permite la insípida alegría de los últimos días de una juventud que se termina”.

*(Sus manos gesticulan y la copa
vierte algunas gotas de su agua.
Agua como sangre entre sus dedos,
sangre derramada por sus gritos,
su ejército inclemente, sus órdenes absurdas).*

“Pienso en regresar y, es esa, caro amigo, la razón de ser del limo que respira detrás de estas palabras como un ruego. Se acumulan las labores y el tiempo se hace escaso, por eso solicito

tu ponderada intervención ante el Senado”.

*(Los campos ya reseco bajo el águila y la espada.
El Mercado Antiguo sin pan ni mercancías.
Las calles donde el odio recorre cada casa.
Las aves carroñeras destrozando nuestros muertos).*

“Así, querido Claudio, me despido. Esta nota solo quiere recordarte este inmenso afecto que nos une. Aquellas noches frescas junto al Tíber en el triclinio amable en casa de Petronio”.

*(Y el óxido cruel que habita en cada puerta,
y el miedo de las noches y el paso de la guardia,
y el silencio negro que cierra cada boca).*

“Después de todo esto, cualquier cosa, por pequeña o grande en el oficio, lo que sea para entonces regresar... Recibe el abrazo de tu hermano, que te extraña agradecido,

Lucio Celio Galba, Prefecto de Numancia”.

Para Jaime Siles en Valencia

Escena nocturna

Esta botella que abro
cuando la casa está sola,
cuando recorro pasillos
y cierro las puertas
y callo.

Esta botella vacía
con años de tierra y de mundo,
casi parece la historia
esta botella cerrada.

Adentro cipreses caídos
y un piano que suena
a lo lejos.

Adentro, la noche:
olas altas y estrechas.

Chile

La envidia se desata en este circo pobre:

El domador aúlla y ruge y estornuda,
la equilibrista sueña con tierra firme siempre
y un payaso ordena el mundo entre sus dedos.

La patria se disfraza, cortés, civilizada
en una bendición de dones ya maduros
que enseñan gravemente la luz opaca y fría
del sol sin su destello, sin su calor sereno.

El circo se disfraza, la patria se desnuda,
la envidia nos despierta, nos mueve, nos consume.

La única verdad es la que nos desmiente:

El circo no termina, la mascarada crece,
el bufo, la corista, el fanfarrón, el santo,

todos en la pista cruel y provinciana.

Boris Rozas



Mar de trigo

Suena la deteriorada voz del que ha sido
almizclado
por la mañana, entre
delirios de sábanas,
camino
de otro día recosido
y sin sol.

Sobre todas las semillas
sólo
un corazón
desenreda el nuevo día,
sobre
todas las semillas
 tu mar de trigo
me ha envuelto
esta mañana.

Bourbon Street

Una luna ciega se ha posado
esta noche iluminada
a los pies de Bourbon Street.
Me he dejado caer
en un balcón sin alma,
lejos de cualquier atisbo
de humanidad,
añorando con fuerza los tiempos
cuando éramos
pájaros
en la mañana.

Camino del aeropuerto
observo el infierno hecho cenizas,
la azafata solícita
mulle
mi corazón al encendido
de los motores.
Aterrizo en JFK ya bien de noche,
me espera el chofer
de Alamo Cars,
- previo pago -
me va a llevar al Pennsylvania.

Después
te llevaré a ese club de jazz,
en la séptima con 39,
- previo pago -
que tanto te gustaba
cuando éramos pájaros
en
la mañana.



SILVIO BOLAÑO ROBLEDO

Plegaria

Líbrame Dios de las viejas celosas
Las perras negras, los giles, las ratas
Las babas, los puercos y las gatas
Que se comen, Señor, las mariposas.

Cólmame en cambio de chachas hermosas,
De manantiales, ríos y alpargatas,
Dame un caballo para colgar las patas
Y un huerto para que ella siembre rosas.

Tú que gravitas en todas las cosas
Libérame del mal de aquellas chatas
Envidas de las suegras caprichosas.

Que a mi novia le guste sembrar matas
Y tenga ojos de amor como las Diosas
Para cantarle mientras tenga ñatas.

Invierno

Cuando vengan por mí ya estaré lejos,
En el jardín del infierno con Dante.
Encontrarán estos sonetos viejos
Y mi cuerpo arrugado como un guante.

Cuando vengan por mí y no me apuro,
Reirán de mis libros y mi pelo,
Tirarán mis dibujos por el suelo,
Se rifarán mi cerveza y mi puro.

Siempre es así: amor y lucha, tanto
Camino desbordado hacia la vida
Y, en la ordalía, fijo es el barranco.

No me juzgues si te provoco espanto,
Es de mal gusto una pose suicida.
Morir es ser un pirata sin barco.